janas tierras lo adoran; más que en su vida pobre y oscura, donde su predicación lo engrandece y sus milagros lo descubren; más que en su proceso, donde el mismo juez que lo juzga como culpable, lo declara inocente; más que en su sentencia, en la que, al ser condenado como criminal, es proclamado como Rey; más que en su Cruz, donde á la vez que no tiene ni una gota de agua, concede un Reino; más que en su muerte, en la que, mientras inclina la cabeza porque no tiene donde reclinarla, toda la naturaleza se conmueve á la acción de un espantoso cataclismo." (1)

En el adorable Sacramento de la Eucaristía, la humildad de Jesucristo está á la altura de su amor: pues si por este sentimiento se da como alimento al hombre, por aquella virtud se convierte en pan para que el hombre pueda comerlo.

Eslabonándose con el pecado capital de la soberbia, figura en esta horripilante cadena el repugnante de la avaricia; ese pecado que destroza el alma, y por un exceso de insensatez acumula las riquezas que

(1) Armonías entre el Santo Viacrucis y la Sagrada Eucaristía, págs. 85 y 86.



con tantos trabajos atesora, en los sitios por donde en su camino va pasando, y de los que en su nunca interrumpida marcha se aleja, sin cuidarse de llevar nada consigo al lugar que es el término de su viaje, y donde va á fijar su residencia.

La Eucaristía en todos sus rasgos, en todos sus detalles, en todas sus excelencias, en toda su sublimidad, está haciendo lucir la más espléndida, magnífica é ilimitada largueza.

Desde que en el antiguo Testamento y entre las sombras de las Profecías preludió el Señor este Misterio que había de llenar con su grandeza el mundo, lo representa como una dádiva en la que deja desbordar su generoso Corazón.

Poco más ó ménos cuando el Señor figuraba por el milagroso Maná que hizo llover en el desierto sobre el pueblo Israelita, el pan que más tarde había de caer del Cielo sobre el pueblo Cristiano de que aquél era figura, incitaba á éste, por servirnos de esta expresión, á desear recibir de El, lo que El deseaba darle; y que el hombre no sólo no podría desear, pero ni siquiera concebir. "Quién nos diera de

sus carnes para hartarnos!" (1) No solamente para comer; sino para comer hasta la saciedad.

Y más tarde presenta ya envuelta en las promesas de la profecía, este prodigio de su largueza cuando dice: "Comerán los pobres y quedarán satisfechos." (2)

Y de qué manera quedarán satisfechos! El Señor les ofrece esta comida en tal abundancia y con tanta largueza, que en ella hace ostentación de su munificencia, de su liberalidad y áun de sus maravillas. "Dejó memoria de sus maravillas y dió sustento á los que le temen." (3)

Y estas maravillas, y esta liberalidad, y esta munificencia, las expresa, y áun podemos decir, las describe el primero de los Profetas Mayores cuando dice: "El Señor de los Ejércitos dará á todos los pueblos fieles en este monte, un convite de manjares mantecosos y vinos exquisitos; de carnes gordas de mucha sustancia y vinos puros sin la más ligera mezcla." (4)

Si el Rey Assuero, "para ostentar las

(1) Job. XXXI, 31,
(2) Ps. XXI, 27.
(3) Ps. CX, 4 y 5.
(4) Is, XXV, 6.



riquezas y magnificencia de su reino y la grandeza y pompa de su poderío," según lo hace constar la Escritura, se reputa rico y magnífico, grande y poderoso por haber dado un convite, que honró con su presencia, al que invitó "á todos los príncipes de su corte, á todos sus oficiales, á los más valientes de los persas, y á los más notables entre los medos, y á los gobernadores de las provincias" "y á todo el pueblo de Susan, grandes y chicos," y cuya duración fué de "ciento ochenta dias," (1) cuánto más hace resaltar las mismas y otras muchas manifestaciones de largueza, el convite de que habla el Profeta citado, que no solamente honra con su presencia el Rey que lo da, sino que El mismo se sirve en él como manjar; no solamente tiene lugar en Susan, sino "desde donde nace el Sol hasta donde el sol se pone;" (2) no solamente asisten los Grandes de una Corte y los moradores de una Ciudad, sino todos los pueblos fieles de todo el mundo; y cuya duración no es un número corto de días, sino que se perpetuará hasta el último día del tiem-

(1) Esth. I, 3, 4 y 5.
(2) Malach. I, 11.

po, llenando con sus maravillosos efectos toda la Eternidad!

Después inundado en el más puro gozo y en la más dulce alegría, que brota del amor con que ama á su mística esposa, sus figuras y sus promesas toman el cáracter de una directa, entusiasta y cordial invitación cuando dice: "Comed y bebed, amigos míos; comed, hasta satisfaceros; bebed, hasta embriagaros." (1)

Y en esta invitación tan franca, tan amorosa y tan espléndida, que Jesucristo hace, y repite, y nunca deja de hacer y repetir en la Sagrada Eucaristía, no brilla la más ilimitada largueza?

Ya entre los hombres Jesucristo, los invita de una manera más directa, más insinuante y persuasiva, diciéndoles que es "el pan de vida;" "el pan vivo que ha bajado del cielo," que su "carne es verdadero manjar" y su "sangre es verdadera bebida:" (2) y después de haber excitado en ellos el deseo, los halaga con la promesa cuando les dice: "Quien comiere de este pan, vivirá eternamente," "quien come mi carne y bebe mi sangre,

(1) Cant. V, 1.
(2) S. Juan VI, 48, 51 y 56.



tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día;" "quien come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo estoy en él;" "quien me come, vivirá por mí y de mi propia vida;" "éste es el pan que ha bajado del Cielo. No sucederá lo que á vuestros padres, que comieron el maná y murieron: quien come este pan vivirá eternamente." (1)

Y después conminándolos con la amenaza les dice: "En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros." (2)

Mas donde desplegó toda su largueza dejándola desbordarse en las corrientes de su amor, de su ternura y de su liberalidad, fué en el Cenáculo de Jerusalén, en la víspera de su Pasión, cuando al instituir la Sagrada Eucaristía, agotó completamente sus riquezas: porque "siendo infinitamente rico, no tuvo ya que darnos," según la expresiva frase de S. Agustín.

En esa institución, en la que se iba á entregar por entero en la celebración de

(1) S. Juan VI, 52. 55, 57, 58 y 59.
(2) II. 54.

esa pascua, "ardientemente—les dijo—he deseado celebrar esta Pascua con vosotros." (1) Y al celebrarla despedazó el pan y lo dió á sus discípulos diciéndoles: "tomad y comed; éste es mi cuerpo;" y "bebed todos de él, porque ésta es mi sangre," (2) les dijo al distribuirles el cáliz.

Les dió, pues, su cuerpo, les dió su sangre, les dió su vida, y con ella la prueba más grande, la prueba máxima de su amor; pues según su propio testimonio, ninguno ama más que el que da la vida por sus amigos. (3) Y siendo el deseo de dar, uno de los caracteres más distintivos del amor, y la ejecución de este deseo, una de sus más explícitas manifestaciones, en este delicado sentimiento, que es la esencia de la Eucaristía, está, como en su propio asiento, la virtud de la largueza, contraria al pecado capital de la avaricia.

El asqueroso de la lujuria, es el tercer eslabón de la infernal cadena; y la virtud de la castidad, que le es contraria, brilla en la Sagrada Eucaristía con toda su belleza, con todo su atractivo, con to-

(1) S. Luc. XXII, 15.
(2) S. Math XXVI, 26, 27 y 28.
(3) S. Juan XV, 13.



do su esplendor. Y cómo no, si en ella se alimenta el alma con el trigo de los escogidos, y se embriaga con el vino que engendra vírgenes! (1)

Jesucristo dijo con toda claridad en la Sinagoga de Cafarnaum que los que comulgan están en El; y "los que están en Cristo, tienen crucificada su propia carne con sus pasiones y sus vicios." (2)

En la Eucaristía, el alma ve á Jesucristo con los ojos de la Fé; y "Dios no puede ser visto sino por una alma pura." (3) Por eso la pureza, enseñada por el Salvador en el Lavatorio de los pies, constituye una de las condiciones requeridas para la Sagrada Comunión; y así el Señor, preludiando esta disposición al señalar los ritos de los sacrificios antiguos, "el que sea puro—dijo—comerá este divino alimento." (4)

En la Sagrada Comunión, Jesucristo, que es el amado del alma que lo recibe, baja á esta alma que es un verdadero jardín hermoseado por las flores de la virtud; baja, podemos decir con la Esposa de

(1) Zac IX, 17.
(2) Galat. V, 24.
(3) S. Agustín Ciad. Dios,
(4) Sev. VIII, 19.

los Cantares, para coger azucenas. (1) "Mi amado, el que me pertenece á mí á quien yo le pertenezco, se alimenta con lirios." (2)

El que comulga "come pan de ángeles" (3) debe por lo mismo asemejarse á los ángeles, lo que solo puede conseguir por la pureza.

"La pureza perfecta une con Dios;" (4) y esto mismo hace la Eucaristía.

La Eucaristía es el Cielo, al que entra el que la recibe; puesto que Dios es el Cielo, y la Eucaristía es Dios; y "en el Cielo nada manchado puede entrar." (5)

La castidad hace que el hombre sea semejante á Dios; (6) y esta misma semejanza efectúa la Eucaristía.

"La pureza es la morada del Espíritu Santo," (7) como el que comulga es la morada del Verbo divino.

"La pureza es el adorno más bello de la Gloria de Dios," (8) y la Eucaristía es su más sólido fundamento.

---

(1) Cant. VI, 1.
(2) Ib II, 16.
(3) Ps, LXXVI, 25.
(4) Sab. VI, 20.
(5) Ap. XXI 27.
(6) S Basilio.
(7) S. Atanasio—Trat. Virg,
(8) S. Gerónimo, Epist.



La Eucaristía, pues, combate, destruye, aniquila y reduce á polvo el pecado de la impureza que rebaja al hombre hasta un nivel inferior al de los brutos, pues lo confunde con los demonios.

Este pecado se enlaza, se eslabona, se estrecha en abrazo fraternal y diabólico, al desastroso de la ira: ese "apetito de venganza desordenado.," (1) como con tanta exactitud lo define nuestro inspirado Catecismo.

Lo que en la línea natural de las pasiones humanas da la razón de ser á la venganza, es el agravio recibido; y aquella venganza tiene un fundamento tanto más firme, cuanto menos procedente ó más injusto es este agravio; llegando dicha injusticia á su máximo, cuando reviste el carácter de ingratitud.

De esta naturaleza fueron los agravios que Jesucristo recibió en su dolorosa Pasión, y sufre en la Sagrada Eucaristía, que es la misma Pasión, anticipada en el Cenáculo y perpetuada en nuestros altares.

Los ultrajes más sangrientos, envueltos

---

(1) Ripalda.

en la más negra ingratitud, fueron en su Pasión, arrojados á su rostro divino, con la más arrogante injusticia; y día con día, é instante con instante, le son lanzados aún en la Sagrada Eucaristía.

Y aquí como allí; y ahora como entonces; y en la Eucaristía como en la Pasion, Jesucristo sufre, y calla, y perdona, y ama.

Noé maldice á Cham por la falta de respeto con que le trató mientras dormía; (1) Jacob retira á Ruben los favores, los dones y la autoridad á que como primogénito debía tener derecho, por haber profanado el tálamo de su Padre; (2) y maldice á Simeon y Leví, á quienes llama hermanos en el crimen, é instrumentos belicosos de iniquidad, porque en los homicidios demostraron su furor, y en la destrucción de una ciudad su venganza; y declara maldito su furor, porque es pertinaz, y su saña porque es inflexible, (3) á causa de la sangrienta venganza que tomaron en Salem por la ofensa que el apasionado Sichem hizo á su hermana. (4)

(1) Gen. IX, 25.
(2) Ib. XXXV, 22 y XLI.:, 3 y 4.
(3) Ib. 5, 6 y 7
(4) Ib XXXIV, 2, 25, y 26



Elías consume con fuego bajado del Cielo á los capitanes y soldados de Ochozías enviados para aprehenderle (1).

Eliseo en Bethel lanzó su maldición sobre los idólatras que lo insultaban, y cuarenta y dos de ellos fueron despedazados por dos osos que salieron del bosque. (2) Sansón, imprimiendo un sacudimiento extraordinario á las columnas que sostenían el templo de Dagón, lo hace caer sobre la muchedumbre que lo llenaba, pereciendo con ellos, en venganza del mal que le hicieron sacándole los ojos. (3) David, en vehementísima plegaria, implora el castigo de sus perseguidores, pidiendo á Dios que los sujete al dominio del pecador y que esté el demonio á su derecha; que sean condenados en sus juicios, siendo su oración un nuevo delito; que se acorten sus días, y otros ocupen su lugar; que la viudéz aflija á su esposa y la orfandad á sus hijos, errando éstos, prófugos, por haber sido arrojado de sus casas; que sus bienes desaparezcan entre las manos de los usureros, y los extraños se aprovechen

(1) 4° Reyes, I 10 y 12
(2) Ib. II, 23 y 24.
(3) Jueces XVI, 29 y 30.

del fruto de sus fatigas; que ni ellos ni sus huérfanos hallen compasión, y sean exterminados sus hijos, hasta desaparecer sus nombres; que siempre estén en la presencia del Señor la iniquidad de sus padres y sus propios delitos y que desaparezca su memoria de la tierra; (1) que caiga sobre ellos la maldición que amaron y se retire lejos de ellos la bendición que no quisieron; que la maldición los cubra como una túnica, y siempre los ciña como un cíngulo. (2.) . . Pero qué más! Los discípulos Santiago y Juan, piden á su Maestro divino la autorización necesaria para hacer llover fuego del Cielo sobre los habitantes de la ciudad de Samaria que se negaron á recibirlos. (3)

Jesucristo por el contrario: condensando sus lecciones en sus palabras, y sus enseñanzas en sus ejemplos, "aprended de mí—nos dice—que soy manso y humilde de corazón." (4)

Jesucristo no solamente es manso, sino la misma mansedumbre; no solamente es

(1) Ps. CVIII, 6 á 15.
(2) Ib CVIII, 18 y 19.
(3) S. Luc. IX, 53 y 54.
(4) S. Mat. XI, 29.



humilde, sino la humildad por excelencia.

Jesucristo no se limita á presentar la paciencia como una doctrina; á proclamarla como una virtud; á recomendarla como un consejo; sino que envuelve en ella una magnífica promesa, haciendo consistir en ella la Bienaventuranza. "Bienaventurados los pacíficos—dice en el admirable Sermón de la Montaña—porque ellos serán llamados hijos de Dios." (1)

Hijos de Dios! Es decir, que al ser herederos de su Nombre, lo son también de todos sus atributos: y en efecto, todos sus atributos los reciben en la Sagrada Eucaristía, pues en este Sacramento lo reciben á El.

Mas para recibirlo á El, y para recibir sus atributos, y para recibir los beneficios, y los dones, y la herencia que los hijos reciben de su Padre, se necesita y basta una cosa: la voluntad; es decir, la buena voluntad. Y esta condición, que constituye la fuerza que atrae sobre el que la tiene, el beneficio de la paz, los pacíficos

(1) S. Mat. V, 9.